

PROEMIO

Antes de adentrarme en la introducción formal de este trabajo, reflexionaré acerca de las causas que considero me motivaron a llevar a cabo la investigación sobre los derechos político-electorales de las mujeres indígenas, más allá de la elección del tema como tal, la manera de investigar y de acercarme al objeto-sujeto de estudio.

Cuando leí por primera vez el texto de Elvia Taracena, “La construcción del relato de implicación en las trayectorias profesionales”, pensé que yo no tenía una historia de vida tan significativa como para haberme influenciado de manera importante en esta elección. No pasé por una guerra, ni por un levantamiento social; así como tampoco viví acontecimientos fuertes que hubieran marcado mi vida en algún sentido.

Sin embargo, al releer el texto, me encontré con el posible origen del interés por investigar a las mujeres indígenas de una comunidad, y más que eso, la razón de la importancia del método de estudio que he aplicado: sí, esto sí tiene un reflejo en mi historia de vida.

Cuando era niña, acompañaba a mi mamá al mercado de Coyoacán. Desde que llegábamos, ella saludaba y platicaba con todas las personas que encontrábamos en nuestro camino, situación que me molestaba e incomodaba mucho. No entendía por qué tenía que platicar con personas que ni conocía, interesarse en sus vidas, siempre con el afán de ayudar y ponerse al día de lo que les acontecía.

Entrábamos al mercado, circulábamos por los pasillos, ella saludando a cuantas y cuantos marchantes veía: ¿cómo sigue de

su espalda?, ¿tu hijo ya entró a la escuela?, ¿pudo realizar el trámite? Mi mamá estaba en todo, no se le escapaba detalle alguno. Sin saber, tiene una capacidad innata de establecer *rapport* con quien se le ponga enfrente.

Lo que primero hacíamos era dirigirnos al puesto de don Andrés, quien vendía verdura. Don Andrés era un señor ya grande, muy amable y con cara de buena gente. Ahí nos estacionábamos un buen rato, mi mamá disfrutaba mucho platicar con él. Yo veía su puesto como una pirámide de verduras ascendentes. Yo me encontraba en la base y don Andrés en la cima. Desde allí platicaba que, cuando era niño, trabajaba acarreando agua en casa de Frida Kahlo, en dónde llegó a ver a Trotsky y desde luego a Diego Rivera. A la vuelta del puesto de don Andrés, estaba una mercería atendida por su cuñada —creo—, una señora de pocas palabras que siempre estaba enojada, lo que no era impedimento para que mi mamá platicara y le sacara información.

De ahí nos dirigíamos al puesto de la jamaica, con una viejita de cara muy arrugada, y a cuyas encías le faltaban algunos dientes. La marchanta era muy amable y tenía una voz muy dulce. Un 15 de septiembre, cuando mi mamá le comentó que era mi cumpleaños, la señora salió corriendo y regresó con una rosa para regalármela, en ese entonces no valoré mucho el detalle, pero hoy lo recuerdo con cariño.

Del puesto de la jamaica, nos dirigíamos a la pollería, el lugar más emocionante del mercado. Recuerdo al carnicero con su delantal blanco manchado de sangre, dando fuertes golpes a un pedazo de tronco en donde ponía las pechugas para aplanarlas, mientras era interrogado por mi mamá sobre su familia, el mercado, sus opiniones sobre política, entre otras cosas.

Finalmente, el último lugar que visitábamos era la cremería de don Pepe. A su hijo, que se había recibido de contador, mi mamá le consiguió trabajo en una casa de cambio, así que la entrevista giraba en torno al hijo y su desempeño en el trabajo, mientras nos daba a probar de todos los tipos de quesos.

De esta manera, al verme haciendo trabajo de campo en las comunidades, platicando con las mujeres en las plazas y mercados sobre sus historias, ocupaciones, familias, costumbres; entendí de dónde venía mi interés e inspiración, así como mi capacidad de obtener información. Ahora entiendo que mi mejor maestra de etnografía ha sido mi mamá.